
*Brasil y Argentina en perspectiva: competencia, distensión e integración**

Leonel Itaussu Almeida Mello**

Nuestro escenario más amplio es América del Sur, que, en la síntesis liminar de Lewis Tambs, está “cercada por tres mares -el Atlántico, el Pacífico y el Caribe-; equilibrada por tres altiplanos -el Andino, el Brasileño y el de Guyana-; está atravesada por tres ríos principales -el de la Plata, el Amazonas y el Orinoco-, todos ellos inclinados hacia el Atlántico” (Tambs, 1983: 90-91).

En términos de delimitación espacial, nuestro subcontinente está dividido en tres grandes regiones geopolíticas: la amazónica, la andina y la platense. Ésta última, con sus 3,5 millones de km² y sus 100 millones de habitantes, se asemeja a un triángulo invertido con sus vértices en Sucre, Santos y Buenos Aires; asimismo, posee una extensa fachada atlántica que se extiende desde el litoral sur brasileño hasta el delta del Plata.

En los puntos extremos del sistema fluvial del Plata se sitúan los dos mayores centros económicos y demográficos sudamericanos: São Paulo, en la altiplanicie de Piratininga, y Buenos Aires, en la planicie pampeana. Dentro del triángulo del Plata, existen dos grandes nichos poblacionales: el argentino/uruguayo, en el sentido oeste-este, formado por Rosario, Buenos Aires y Montevideo; y el brasileño, en el sentido sudeste-nordeste, formado por Porto Alegre, Curitiba y São Paulo (Aicardi, s/d: 31-42). Los principales ríos de la cuenca del Plata -el Paraná, el Paraguay, el Uruguay y el de la Plata- y los territorios adyacentes constituyen una parte de nuestro tema de reflexión: las relaciones entre el Brasil y la Argentina.

* Título original en portugués: *Brasil e Argentina em Perspectiva: competência, distensão e integração*.

** Profesor del Departamento de Ciencia Política (DCP) de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas (FFLCH) de la Universidad de São Paulo (USP).

Aunque bastante valorizado en los últimos años, el estudio de las relaciones entabladas entre Brasil y Argentina no debe ser encarado como un subproducto del Acuerdo del Acta de Integración y del conjunto de protocolos (que abarcan un amplio y diversificado espectro de temas políticos, militares, económicos, tecnológicos y culturales) suscritos en 1986. Por el contrario, el examen de la literatura disponible demuestra que la relevancia y la actualidad de las intrincadas relaciones brasileño argentinas han sido destacadas, implícita o explícitamente, en publicaciones antiguas o recientes por varios intelectuales de renombre internacional y de reconocida autoridad académica.

En un ensayo clásico, fechado en 1933, Caio Prado Jr. enfatizaba que el asunto enfocado -el proceso de fijación de las líneas demarcatorias brasileñas en la cuenca del Plata- no era un mero ejercicio bizantino, sino una cuestión de enorme relevancia en las relaciones internacionales de los Estados sudamericanos, a la cual se ligaban “(...) algunos de los acontecimientos más salientes de la historia, tanto de Brasil como de las repúblicas rioplatenses”.

Asimismo, el citado historiador ampliaba que, al evidenciarse la interacción recíproca de factores geográficos e históricos, el asunto relativo a la formación de los límites meridionales brasileños era particularmente propicio al enfoque de una disciplina sociológica recién conformada, la geopolítica usada *cum grano salis*: “geopolítica en el buen sentido; ciencia, y no pretexto, arma ideológica de pretensiones internacionales fuera de lugar y de agresiones injustificables” (Prado Jr., 1972: 143).

En un libro de publicación más reciente, en el cual se analizan las relaciones de conflicto/cooperación brasileño-argentinas, Hélio Jaguaribe enfatiza también el papel de los condicionamientos histórico geográficos en el proceso de interacción entre los dos países, afirmando -inclusive- que la importancia de la frontera sur de Brasil no resulta de su extensión, sino fundamentalmente del hecho de haber sido desde la época colonial “la zona de encuentro y de tensión entre los sistemas portugués y español” (Jaguaribe, 1986: 165).

Las referencias citadas más arriba, que a primera vista podrían ser tomadas como argumento de autoridad, ganan mayor consistencia cuando son corroboradas por una serie de datos que evidencian el peso relativo de ambos países en el conjunto de América Latina.

Algunos datos y estadísticas, relativos al año 1999, demuestran que Brasil y Argentina poseen conjuntamente un área de 11,8 millones de km², una población de 200 millones de personas y un producto bruto de US\$ 1 trillón, representando, aproximadamente, la mitad del territorio, de la población y del Producto Bruto Interno (PBI) total de América Latina.

Ambos países poseen el mayor y más diversificado parque industrial al sur del Río Grande, complementado por inmensas fuentes de energía, hierro, mangane-

so, uranio, carnes y cereales, además de ocupar una posición geoestratégica esencial para la defensa y la seguridad del Atlántico Sur.

Además de su notoria y evidente actualidad, la relevancia de las relaciones entre Brasil y Argentina y la interacción de ambos con Uruguay, Paraguay y Bolivia puede ser igualmente demostrada mediante el análisis de las vicisitudes del pasado común, a guisa de un breve balance retrospectivo.

Los conflictos lusoespañoles durante el período colonial y la rivalidad brasileño-argentina después de la independencia de ambos se constituyeron históricamente en el epicentro de las constantes oscilaciones geopolíticas ocurridas en la región rioplatense. Entre todas las regiones latinoamericanas, la cuenca del Plata fue aquella que se transformó en el escenario de los más numerosos y cruentos conflictos bélicos trabados entre los Estados del continente desde la emancipación política: las guerras de la provincia Cisplatina, del Paraguay y del Chaco. Además, debe recordarse que, con excepción de la dupla Brasil y Bolivia, el resto de los países de la cuenca del Plata emprendieron guerras entre sí.

La “cuestión del Plata” se volvió el núcleo de la rivalidad hispano lusitana en el Nuevo Mundo desde 1680, con la fundación de Colonia del Sacramento, sobre la margen izquierda del Plata, prácticamente frente a Buenos Aires. Esa fortificación fue erigida como un puesto militar avanzado para asegurarle a la corona portuguesa una “frontera natural” entre sus dominios y los de España en el sur del continente, así como el libre acceso a la navegación y al comercio platenses, conforme al principio geopolítico de que el poder que dominase la desembocadura controlaría el río.

La edificación del fuerte se insertó en un contexto de recrudescimiento de la rivalidad lusocastellana, después de un interregno de más de medio siglo de unión de las coronas ibéricas (1580-1640). Posteriormente a la Restauración portuguesa, se intensificó el proceso de expansión *bandeirante* vicentina por los territorios españoles situados más allá de la línea de Tordesillas, reiniciando el choque entre las metrópolis ibéricas en América colonial. A mediados del siglo XVIII, el Tratado de Madrid, sobre la base del principio *uti possidetis*, transfirió a los portugueses el dominio de un vasto territorio americano que, en los términos del acuerdo de Tordesillas, constituía una posesión de la corona española.

Con esto se consumó la “marcha hacia el Oeste”, que agregó una nueva área de 5 millones de km² a los 2,8 millones de km² que formaban originalmente el imperio lusoamericano.

Francisco de Auzmendi, oficial mayor de la Secretaría de Negocios Extranjeros en la España de aquella época, emitió un juicio sobre el acuerdo lusocastellano que merece ser reproducido por la agudeza con la cual capta y sintetiza el espíritu del Tratado de Madrid, de acuerdo con la óptica de los intereses españoles:

“La sustancia del Tratado consiste en concesiones mutuas y en el compartir un inmenso territorio despoblado. Nosotros cedemos a Portugal lo que no nos sirve y para ellos será de gran utilidad; y Portugal nos cede la Colonia y el Río de la Plata que no les dan beneficios y nos destruye” (citado por Soares, 1972: 32-3).

De esta manera, España le reconoció a Portugal la posesión de la cuenca Amazónica a cambio del control de la cuenca del Plata, donde los portugueses recibieron a los Siete Pueblos de las Misiones como compensación por la transferencia a los españoles de la Colonia del Sacramento y de la margen izquierda del Río de la Plata. Con esta permuta, Portugal abdicó del estuario platense como frontera meridional de su imperio en América.

Para precaverse contra una nueva escalada expansionista lusobrasileña en la dirección sudoeste/sur, España creó en 1763 el Virreinato del Río de la Plata, englobando a la Argentina, la Banda Oriental, el Paraguay y el Alto Perú, con Buenos Aires como capital.

El Virreinato poseía un área de 5 millones de km² y 1 millón de habitantes, constituyendo un cuerpo político administrativo en condiciones de oponer una barrera de contención a las pretensiones portuguesas en la cuenca del Plata. La renuncia a la “frontera natural” de los dominios lusitanos meridionales se transformó, durante el siglo XIX, en el nudo gordiano de las tensas y complejas relaciones de vecindad establecidas por los estados nacientes que compartían, en régimen de condominio, el sistema fluvial de la cuenca del Plata.

Con la emancipación latinoamericana, la asincronía que caracterizó los procesos de desarrollo de las dos potencias de la cuenca del Plata jugó un gran papel en la desconfianza y en la ambivalencia que estigmatizaron, desde el inicio, las relaciones entre Brasil y Argentina.

En 1808, la transformación del Brasil en sede de la Corona portuguesa y la transferencia del aparato estatal metropolitano a la colonia contribuyeron para que el país obtuviese la independencia por medio de un “arreglo político” o de una “negociación por arriba” entre el príncipe regente portugués y la oligarquía agraria nativa. Al cimentar la alianza entre la dinastía Bragança y los grandes propietarios rurales, la solución monárquica logró exorcizar al fantasma de la anarquía interna, preservando intacta la unidad política y la integridad territorial del Imperio recién fundado.

Un destino diferente le cupo al Virreinato del Río de la Plata, donde la independencia se realizó por medio de la vía republicana y desembocó en un proceso doblemente caótico. Inicialmente, ocurrió la secesión de las regiones periféricas del *Virreinato*, cuya “balcanización” separó a la Banda Oriental, el Paraguay y Bolivia (Alto Perú) del territorio argentino, quedando este último reducido a un área de 2,7 millones de km². A continuación, la propia Argentina fue devorada por

medio siglo de guerras civiles entre la oligarquía litoraleña (unitarios) y los caudillos del interior (federales), que terminó en 1880 con la victoria de Buenos Aires sobre las provincias.

Después del triunfo de los *porteños* sobre los *arribeños*, el país vivió un breve momento de prosperidad económica que se extendió hasta la Primera Guerra Mundial. Entre 1886 y 1914, el PBI argentino saltó de US\$ 1 billón a US\$ 15 billones. Así, en vísperas de la Gran Guerra, el país era responsable por la mitad de la capacidad económica y por la tercera parte del comercio exterior de toda América Latina (Bandeira, 1987: 16; Schilling, 1990: 34).

En los quince primeros años de este siglo, Argentina triplicó su área cultivada, pasando de 6,1 millones de hectáreas a 21,3 millones de hectáreas (Bandeira, 1987: 16), y de productora de cueros en el período colonial, se transformó “en inmensa fábrica de carne y una gran usina de trigo” [que abastecían al mercado británico] (Chaunu, 1971: 91).

Refiriéndose al *boom* argentino del cambio de siglo, Celso Furtado afirma que, entre 1890 y 1914, la población del país se duplicó, saltando de 3,6 a 7,2 millones de habitantes; la red ferroviaria creció de 12.700 a 31.100 km; las exportaciones de cereales se elevaron de 1.038 a 5.294 millares de toneladas y las de carnes congeladas de 27 a 376 mil toneladas (Furtado, 1969: 67).

Cristalizó en aquella época la concepción de una “Argentina isla”, que daba las espaldas a las provincias del interior y a los países del continente al mismo tiempo en que se recostaba sobre el litoral y se abría hacia el exterior. El proyecto liberal conservador de la “generación del ‘80” estructuró un modelo de desarrollo dependiente, orientado hacia el mercado externo, con una economía agropastoril centrada espacial y demográficamente en la *Pampa Húmeda* y en el puerto de Buenos Aires, relegando al abandono a la Mesopotamia y la Patagonia.

La concepción geopolítica de “insularidad” tenía como paradigma a Gran Bretaña y fue sistematizada por el Almirante Segundo R. Storni, cuyo libro *Intereses argentinos en el mar*, publicado en 1916, se inspiró en las ideas del Almirante norteamericano Alfred T. Mahan y del geógrafo alemán Friedrich Ratzel.

El modelo de inserción subalterna y especializada en la división internacional del trabajo, en la cual Argentina desempeñaba el papel de granja o granero que, a cambio de manufacturas, abastecía a Europa de alimentos, reveló los primeros síntomas de agotamiento sólo a partir del *crack* de 1929. Para tener una idea de la prosperidad porteña basta apenas señalar que, en vísperas de la Gran Depresión, el PBI argentino era el doble del brasileño y equivalente al producto bruto sumado de todos los países sudamericanos (Boscovich, 1983: 96).

Contrastando con la prosperidad Argentina, el final del siglo XIX fue para el Brasil un período de recesión e inestabilidad en el que se acoplaron la crisis eco-

nómico-financiera, que se agravó con el final de la Guerra del Paraguay, y la crisis político-institucional de la monarquía, agravada por las cuestiones servil, religiosa y militar. En 1889, ambas crisis desembocaron en el golpe que promovió la substitución del Imperio por la República.

Después del corto interregno del jacobinismo militar, la joven República que sería denominada “República Vieja” adoptó también un modelo político y económico liberal que, en sus líneas generales, perduró hasta la Revolución de 1930. Vale recordar que los pilares del liberalismo de tipo excluyente eran: la supremacía política de las oligarquías rurales, asegurada por el coronelismo; la política de los gobernadores y el predominio de los grandes estados; la economía dependiente de la exportación de materias primas, centrada en el cultivo del café, oficializada a través del Convenio de Taubaté y sustentada por la política de valorización del principal producto; y la política de desvalorización cambiaria, cuyo tributo financiero era transferido a la sociedad por medio de un mecanismo de “socialización de las pérdidas”.

La Gran Depresión reveló la fragilidad y los límites del liberalismo de corte oligárquico, tanto en la Argentina como en el Brasil, cuyas economías reaccionaron de manera diferente frente a la crisis del modelo exportador de materias primas. En el Brasil, la reacción frente al colapso de la monocultura del café demostró, a partir de la Revolución del ‘30, las virtudes de la política de industrialización vía substitución de importaciones. En la Argentina la anarquía de la “década infame” señaló el fin de la “época de oro”, y el fracaso relativo de una tentativa industrializadora similar a la brasileña contribuyó para perpetuar el decadente modelo agropastoril eurocéntrico, basado en el ultrapasado liberalismo de los años ‘80.

La Segunda Guerra Mundial reactivó temporalmente la prosperidad de Argentina con el aumento de la demanda externa sobre sus principales productos de exportación: la carne y el trigo. Las reservas monetarias acumuladas durante el conflicto financiaron en la posguerra el proceso de modernización socioeconómica promovido por Perón, por medio de una política basada en tres pilares: la industrialización a partir de la substitución de importaciones, el nacionalismo populista y las políticas de redistribución social.

La equiparación del producto bruto interno de los dos países en el final de la década del ‘50 sirvió para evidenciar tanto el dinamismo del modelo brasileño como el agotamiento del argentino. En las décadas subsiguientes, se configuró la siguiente situación: en 1970 el PBI argentino representaba cerca de dos tercios del PBI brasileño, disminuyendo a un tercio, en 1980, y a poco más de un cuarto en 1985 (CEPAL, 1987: 146-147).

Resumiendo: en 1930 la economía argentina era el doble de la brasileña; medio siglo después, la economía brasileña se tornaba el cuádruple de la Argentina (actualmente la diferencia se redujo a poco menos de dos tercios).

En el ámbito de las relaciones internacionales, la decadencia de las respectivas metrópolis en el siglo XVIII desplazó al Brasil y a la Argentina hacia la esfera de la influencia británica. Después de la emancipación latinoamericana en el siglo siguiente, Gran Bretaña se volvió el fiel de la balanza de poder de la cuenca del Plata y practicó, en relación a aquellos países, una política de equilibrio que aseguró el predominio de sus intereses en la región.

Un ejemplo de tal política fue la independencia de la Banda Oriental, anexada al Brasil en 1821 bajo la denominación de Provincia Cisplatina. La lucha de los patriotas orientales contra el Imperio fue apoyada por las Provincias Unidas, que deseaban el control de ambos márgenes del Plata por medio de la anexión del territorio vecino. La intervención de la Argentina desencadenó la Guerra Cisplatina, que terminó en 1828 con la mediación inglesa. Esta procuró asegurar sus intereses en el Río de la Plata al apoyar la independencia de Uruguay, un estado tapón (*buffer state*) destinado a amortizar la rivalidad entre el Imperio bragantino y la “República porteña”, impidiendo que cualquiera de ellos controlase monopólicamente la desembocadura y el comercio rioplatenses. Lord Ponsomby, el mediador, sintetizó el papel desempeñado por los británicos en una frase lapidaria: “colocamos un algodón entre dos cristales”.

A mediados del siglo XIX, Gran Bretaña superaba a los Estados Unidos en el comercio con las jóvenes repúblicas hispanoamericanas sobre la base de US\$ 60 contra US\$ 24 millones, mientras que en el intercambio con el Brasil, la proporción era de US\$ 20 contra US\$ 4,2 millones. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, las inversiones británicas en la Argentina alcanzaban £ 319,6 millones (contra £ 148 millones en Brasil), monto que se aproximaba a los £ 378,8 millones invertidos por Gran Bretaña en la India y en Ceilán (Chaunu, 1971: 108-114). Estas cifras demuestran que, desde la independencia, tanto Brasil como Argentina se encontraban insertos en el espacio geopolítico de influencia de la hegemonía británica.

A comienzos del siglo XX, con sus vías férreas y sus frigoríficos controlados por capitales ingleses, que representaban el 80% de las inversiones extranjeras, la Argentina era considerada una semicolonias o un “sexto dominio” del Imperio Británico. Mientras que la oligarquía argentina se mantenía aferrada a su “vocación europea”, con Gran Bretaña importando el 76% de su carne y el 34% de su trigo (Bandeira, 1987: 15), la diplomacia del Barão do Río Branco reorientó la inserción del Brasil en el escenario internacional, deslizándolo paulatinamente hacia la esfera de influencia de los Estados Unidos de América.

La nueva *entente* brasileño americana fue determinada, por un lado, por el recelo de una coalición antibrasileña de los países hispánicos bajo el liderazgo de un estado monitor argentino y, por el otro, por la necesidad de contrabalancear el peso excesivo de la influencia británica en América del Sur. Mas allá de la especificidad de la disputa por la supremacía del Plata, la rivalidad brasileño argenti-

na de la primera mitad del siglo XX se entrelazó también, durante el mismo período, con la rivalidad angloamericana por la hegemonía en América del Sur.

En 1913, las inversiones norteamericanas en América Latina sumaban US\$ 1,25 billón (del cual US\$ 1,050 eran realizadas en México) contra US\$ 4 mil millones de Gran Bretaña. Alrededor de 1929, el monto de las inversiones norteamericanas ascenderá a US\$ 4,050 billones, equiparándose a las inversiones inglesas. En el volumen total del intercambio con los países latinoamericanos, los estadounidenses superaban a los británicos en razón de un 38,7% contra el 14,9% en las exportaciones y de 34% contra el 18% en las importaciones (Chaunu, 1971: 118-119).

En el ámbito de las relaciones bilaterales, cada país produjo para sí una autoimagen idealizada y construyó del otro una visión prejuiciosa, reflejando ambas -parcialmente- el descompás existente entre los procesos de desarrollo brasileño y argentino. En la percepción de Argentina, Brasil era el portador de una irrefrenable vocación expansionista, heredada del “espíritu *bandeirante*” y de la geografía lusitana; en la percepción brasileña, la Argentina cultivaba un *ethos* irredentista, cuyo sueño era la restauración del antiguo Virreinato del Río de la Plata hegemonizado por Buenos Aires. Alimentadas por esos estereotipos desde el inicio del siglo XIX, las relaciones entre los dos países oscilaron de manera pendular entre el conflicto y la cooperación.

Durante la Guerra Fría de los años ‘50, simultáneamente al recrudecimiento de la tensión entre los vecinos de la cuenca del Plata, el general Golbery del Couto y Silva alardeaba en sus escritos geopolíticos, a causa de la inserción del Brasil en el mundo cristiano occidental y su alineamiento proamericano en el antagonismo dominante entre el este y el oeste. Confrontando la política de la Tercera Posición del peronismo argentino, Golbery le proponía a Washington una “negociación leal”: el Brasil asumiría una posición de alineamiento estratégico con los Estados Unidos en el conflicto este-oeste y, a cambio, obtendría un reconocimiento de su supuesto derecho a un “destino manifiesto” en el Atlántico Sur (Couto y Silva, 1967: 50-52).

El clima de animosidad predominante entre los dos países de la cuenca del Plata se materializaba en la tensión fronteriza que aumentaba con el desplazamiento de la línea divisoria del oeste para el sur, reflejando la coalición de los intereses brasileño argentinos en su lucha por la preponderancia en los países mediterráneos del Río de la Plata:

“Más o menos tributarios de la Argentina, oscilando entre la desconfianza, el resentimiento y la admiración y pungidos por una dependencia económica indiscutible -Paraguay y Bolivia, “prisioneros geopolíticos”, más el primero que la segunda- valen mucho por su posición geográfica en el flanco abierto y vulnerable del Brasil meridional y central y constituyen, sobre to-

do por su inestabilidad política y económica, indisimulables zonas de fricción externa donde podrían llegar a colisionar, voluntaria o involuntariamente, los intereses brasileños y argentinos” (Couto e Silva, 1967: 55).

La tensión creciente alcanzaba su punto más álgido en la frontera extremoriental, donde se enfrentaron en el pasado las fuerzas lusas y castellanas y colisionan en el presente las pretensiones brasileñas y argentinas. De acuerdo con el autor, esa área constituía una “zona de vulnerabilidad máxima”, expuesta a acciones adversas entre sí de origen regional.

La cita que incluyo más abajo es emblemática del *ethos* conflictivo y de la percepción ideológica deformante que, atenuados por hiatos de cooperación, resurgirán en la década del ‘70 cuando la desconfianza recíproca vuelva a ser la nota dominante del discurso de los sectores civiles y militares de ambos países:

“Pero es bien más al sur (donde Uruguay -geográficamente medio brasileño y medio platense- continúa viviendo y prosperando gallardamente en su histórico papel de Estado tapón, donde Las Misiones avanzan como una cuña hacia el nordeste modelando el cuello de Santa Catarina) que se define la línea de tensión máxima del campo sudamericano. Esta línea, reforzada por la proximidad mayor de los centros de fuerza potencialmente antagónicos, su dinamismo y potencial superiores, la tradición de choques y conflictos que vienen desde su pasado colonial y, por último, si bien no menos importante, una aspiración hegemónica alimentada más allá del Río de la Plata por una propaganda tenaz e incansable desde los días ya lejanos de Rosas. Ahí, donde no hay barreras que valgan, se encuentra, pues, nuestra verdadera frontera viva (...)” (Couto e Silva, 1967: 58).

A su vez, el clima de confrontación de los años ‘70, centrado en la polémica cuestión de Itaipú, cedería el lugar, en la década del ‘90, a una nueva fase de cooperación entre los dos países. A lo largo de esas tres décadas, las relaciones bilaterales brasileño-argentinas pasaron por tres etapas sucesivas: competencia, distensión e integración. Los años 1973, 1979 y 1986 señalan los eventos políticos diplomáticos que, analizados retrospectivamente, se destacan como los principales momentos de inflexión de cada una de las mencionadas etapas: el Tratado de Itaipú, el Acuerdo Tripartito y el Acta de Integración.

En 1973, las relaciones brasileño argentinas se centraron en una dinámica de abierta competencia, y esto en razón de la firma del Tratado de Itaipú con Paraguay, estado amortizador de las tensiones entre los dos grandes vecinos y país mediterráneo geoestratégicamente situado a caballo del sistema fluvial de la cuenca del Plata. En rigor, las divergencias bilaterales se venían agravando veladamente desde 1971, cuando la política brasileña de “fronteras ideológicas” entró en abierta colisión con la diplomacia argentina de “convivencia en el pluralismo ideológico”, puesta en práctica por el gobierno de Lanusse con el objeto de contrabalan-

cear la proyección de Brasil en el subcontinente. La construcción de una gigantesca usina binacional a 17 kilómetros de la frontera de Argentina y el riesgo de un completo alineamiento paraguayo a la política brasileña, vistos por Buenos Aires como una seria amenaza al equilibrio geopolítico del Plata, se transformaron en el centro de la discordia entre ambos países durante la década de 1970.

En 1979, la negociación de un Acuerdo Tripartito (firmado también por el Paraguay) compatibilizó técnicamente las usinas de Itaipú y Corpus, situadas en el Paraná, río arriba, abriéndose así una nueva fase de distensión de las relaciones brasileño argentinas. Al solucionar el conflicto diplomático geopolítico en la región de la cuenca del Plata y al asegurar el espacio necesario para la manutención de la tradicional pendularidad paraguaya, la solución de la denominada “cuestión de Itaipú” propició la normalización de las relaciones brasileño-argentinas y el reemprendimiento de la cooperación bilateral en el comienzo de la década de 1980.

En 1986, la firma del Acta y de los Protocolos oficializó el proyecto de integración económica bilateral y de cooperación multisectorial, a ser viabilizado de forma gradual, equilibrada y mutuamente ventajosa. Junto con el desarrollo económico y la modernización científica y tecnológica, otra importante dimensión del proyecto integrador fue el compromiso político asumido por los nuevos socios con la consolidación del recién instaurado régimen democrático. Apartir de allí, la implementación del proceso de integración bilateral delineó la matriz original que, con la adhesión de Uruguay y la democratización del Paraguay, sirvió de marco a la propuesta de creación de un mercado común de los países del Cono Sur -el Mercosur-, sacramentada a comienzos de 1991 con la firma del Tratado de Asunción.

El inicio del tercer milenio preanuncia el advenimiento de un nuevo sistema internacional denominado por Samuel Huntington como “unimultipolar”. Ese sistema internacional está marcado por el fin de la bipolaridad estratégico-militar este-oeste, consecuencia de la implosión del bloque socialista y del fin de la Unión Soviética; por la emergencia de una superpotencia global multidimensional (los Estados Unidos de América); por la creciente multipolaridad económico tecnológica, cuyos puntos focales son los Estados Unidos, la Unión Europea y el Japón; por la organización de los megabloques regionales, como el americano/canadiense/mexicano, el europeo occidental y el asiático oriental y por la profundización de la bisegmentación económica en torno del eje norte-sur que divide el planeta en dos submundos distintos: el desarrollado y el subdesarrollado.

En este contexto, la consolidación de un espacio geoeconómico brasileño argentino se torna una cuestión de la mayor relevancia, susceptible de producir repercusiones en el Río de la Plata -con la adhesión de Uruguay y de Paraguay- y también un gran impacto en los países de los sistemas andino y amazónico de América del Sur. El subcontinente sudamericano posee un área de 17 millones de km², habitadas por 350 millones de personas, con un PBI de US\$ 1,6 trillones y US\$ 150 billones derivados de exportaciones.

Dentro de ese conjunto, el Mercosur forma, sumados los cuatro países miembros, un megabloque geoeconómico de casi 12 millones de km², poblado por más de 200 millones de habitantes, con un PBI superior a US\$ 1 trillón, una renta per capita de US\$ 5 mil, exportaciones equivalentes a US\$ 90 billones e importaciones de US\$ 100 billones.

En suma, el Mercosur representa aproximadamente dos tercios del potencial global -geográfico, demográfico y económico- de toda Sudamérica. No es poca cosa como punto de partida o plataforma de despegue. Para quien piensa como Simón Bolívar que “la patria es América”, el Mercosur fue, por el contrario, un buen comienzo, a despecho de las vicisitudes que empañan, por el momento, las relaciones brasileño-argentinas, del fantasma del ALCA que ronda el subcontinente meridional y de la crisis coyuntural que asola actualmente la unión aduanera de los países del Plata. En el final de la década del ‘70 el General Guglielmini predijo que “ (...) el Cono Sur podrá ser un punto de partida para la ulterior unidad latinoamericana y un núcleo de poder regional frente a los grandes centros de poder mundial”. A su vez, Juan Domingo Perón, que sabía de los manejos de la política, ya vaticinó mucho antes que el tercer milenio nos encontraría “unidos o dominados” ¡Quien viva, lo verá!

Bibliografía

- Aicardi, Raúl Federico Abadie s/d *Antecedentes históricos y marco geopolítico de la cuenca* (Montevideo: Centro Latinoamericano de Economía Humana).
- Bandeira, Moniz 1987 *O eixo Brasil-Argentina: o processo de integração da América Latina* (Brasília: Editora UNB).
- Boscovich, Nicolás 1983 “La Argentina en la cuenca del Plata”, en *Los países del Atlántico Sur: Geopolítica de la Cuenca del Plata* (Buenos Aires: Editorial Pleamar).
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) 1987 *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe* (New York: Naciones Unidas).
- Couto e Silva, Golbery do 1967 *Geopolítica do Brasil* (Rio de Janeiro: Livraria José Olympio Editora).
- Chaunu, Pierre 1971 *História da América Latina* (São Paulo: Difusão Européia do Livro).
- Furtado, Celso 1969 *Formação econômica da América Latina* (Rio de Janeiro: Lia Editor).
- Guglielmelli, Juan Enrique 1979 *Geopolítica del Cono Sur* (Buenos Aires: El Cid Editor).
- Jaguaribe, Hélio 1986 *Novo Cenário Internacional* (Rio de Janeiro: Editora Guanabara).
- Prado Jr., Caio 1972 *Evolução política do Brasil e outros estudos* (São Paulo: Editora Brasiliense).
- Soares, Teixeira 1972 *História da formação das fronteiras do Brasil* (Rio de Janeiro: Conselho Federal de Cultura).
- Schilling, Paulo 1990 “O colapso econômico da Argentina”, en *Tempo e Presença* (São Paulo) Año 12, N° 250.
- Tambs, Lewis 1983 “Geopolítica, política internacional e estratégia”, en *Política e Estratégia* (São Paulo) Vol. 1, N° 1, Octubre/Noviembre.